

LA VOZ DE TOTANA

ÓRGANO DE INTERESES LOCALES, CIENTÍFICO Y LITERARIO
SE PUBLICA LOS JUEVES

PRECIOS DE SUSCRICION

2 PESETAS TRIMESTRE

AÑO II.—JUEVES 2 DE MAYO DE 1889.—NÚM. 54

Número suelto 15 céntimos

REDACCION Y ADMINISTRACION

MAYOR-TRIANA. 13

EL DOS DE MAYO DE 1808

¡Día memorable! ¡Día solemne! Enseña como se despierta un gran pueblo sumido en letárgico sueño, á consecuencia de la corrupcion de sus gobernantes.

La España de 1808 no parecía aquella nacion que tanto costó subyugar á los romanos; aquel pueblo que luchó más de siete siglos con los sectarios de Mahoma hasta que logró poner sobre los minaretes de Granada la sagrada Cruz de sus estandartes.

Apenas quedaban vestigios de aquellos varones esforzados que pasearon triunfante el pendon de Castilla por dos vastos continentes. Sus monarcas no se parecían á aquel Carlos ni á aquel Felipe que imponían su voluntad á todas las naciones. La España de Carlos IV, no era la que asombró al mundo entero por la sabiduría de sus reyes, por la bizarría de sus capitanes, por la superioridad de sus letcas y cultura, por la entereza, en fin, de los hijos de su suelo.

Una corte corrompida y un rey por todo extremo débil, habian enervado éste gran pueblo, cuando un hecho, al parecer trivial, le vino á sacar de su letargo, y á colocarlo frente á frente del que entonces dominaba el mundo.

Por una felonía incalificable, las legiones francesas se paseaban por España. Sus reyes se encontraban ya á merced del César de occidente, y solo quedan en Madrid unos tiernos infantes, que habian de ser la causa providencial de ese portentoso sacudimiento que nos llevó á conquistar la independenciam.

El dos de Mayo fué el día designado por el gran duque de Berg, lugar teniente del Emperador—que con cien mil franceses se enseñoreaba de nuestra patria—para arrebatarnos los tiernos vástagos de la familia real. El pueblo madrileño, que amaba á sus monarcas, se agrupó alrededor del palacio real para verlos marchar; pero antes de partir el carruaje, el infante D. Francisco, dirigió á la muchedumbre que le rodeaba una mirada llena de lágrimas. Una infeliz anciana lanzó débilmen-

te el grito de ¡nos los llevan!, y este grito fué la chispa eléctrica que encendió el volcan de la ira popular.

Aquel pueblo, al parecer dominado, ruge como un leon, se lanza al coche con el intento de sacar de él á sus tiernos príncipes y traba, cuerpo á cuerpo, una lucha con los soldados franceses, heroica, cruenta, digna, en fin, de ser relatada por la pluma de Homero.

Los madrileños, viéndose pisoteados en sus derechos, hieren y matan sin piedad. El cañon retumba y Murat, que creía atada á su carro la victoria, se pone al frente de sus tropas para atacar á un pueblo todavía sin direccion y hasta inerme en su mayor parte.

Dos oficiales de artillería, *Daoiz* y *Velarde*, y un oficial de infantería, *Ruiz*, juran morir por su religion y por su patria. Sucumbe el primero, Ruiz, que mandaba un pequeño piquete de infantería, y siguen luchando aquellos intrépidos artilleros contra todos los batallones y artillería francesa.

Un oficial francés enarbola bandera de parlamento y se dirige donde estaba Daoiz, el cual, noble—como soldado español—saluda y conversa con el francés; pero éste, villano y cobarde, aprovecha aquel instante, y entrega su interlocutor indefenso, á la desenfundada soldadesca, que lo asesina á bayonetazos. Mientras tanto, la tropa española estaba encerrada en los cuarteles rebotando disgusto y enojo, y los paisanos morían asesinados en las plazas y en las calles.

Sin duda, ignoraba el Capitan del siglo, que la sangre de aquellos mártires habia de hacer brotar héroes sin cuento convirtiéndose en varoniles guerreros á los niños; en terribles amazonas á las mugeres, y en robustos mancebos á los ancianos, para caer, desde los Pirineos al monte Calpe, desde el Oceano al Mediterráneo, sobre aquel ejército que penetró sigilosamente y con engaño; juzgando que el pueblo español no despertaria de su letargo y que los descendientes de aquellos guerreros que en las Navas, Caltañazor, Pavía, San Quintin y Lepanto, probaron su sobrehumano es-

fuerzo, dejarían á los franceses hollar su tumba sagrada.

Es verdad que tanto heroismo no se puede presumir nunca, como no se puede presumir que un pueblo como Móstoles, que apenas contaba 200 vecinos, tenga un alcalde que, desafiando las iras del gran Murat, le declare la guerra por medio de un bando. Y menos se puede presumir que vengan luego resistencias como las de Gerona y Zaragoza, dignas de los tiempos heroicos, y que escriben en la historia de España esas hermosas páginas, ante las cuales todas las demás palidecen.

¿En qué pais se ha visto nunca un ejército de niños como el de Bailen, venciendo á veteranos curtidos en las lides y victoriosos por doquier?

Es que el grito del dos de Mayo salvó á España de la ignorancia y el vasallaje; y la sangre de los mártires que aquel día sucumbieron, la despertó del letargo en que la corrupcion la sumiera.

El dos de Mayo marca para nuestra patria una nueva era, y la prepara para entrar con la dignidad, que siempre supo ostentar, en el concierto universal de las naciones. Salvó á la patria de la opresion; á la religion de la tiranía de conciencias extrañas á sus creencias, y á la familia de la corrupcion que se enseñorea en las familias del pueblo francés.

Comprendemos que el pueblo que seguía con lo mejor de sus hijos al Capitan del siglo, no puede ser solidario, ni de aquellas perfidias ni de aquellos asesinatos; pero el pueblo francés, como todos los demás pueblos, debieron aprender entonces, como ha dicho un poeta de grandes alientos, «que no puede esclavo ser, pueblo que sabe morir» y que la nación que cuenta defensas como las de Numancia, Sagunto, Zaragoza y Gerona, no puede, por aletargada que se encuentre, dejar que un pueblo extranjero pise las tumbas de sus mayores.

EL DOS DE MAYO

Oigo, patria, tu afliccion
y escucho el triste concierto
que forman tocando á muerto,
la campana y el cañon;
sobre tu invicto pendon

miro flotantes crespones,
y oigo alzarse á otras regiones,
en estrofas funerarias,
de la Iglesia las plegarias
y del arte las canciones.

Lloras porque te insultaron
los que tu amor te ofrecieron...
¡A ti, á quien siempre temieron,
porque tu gloria admiraron;
á ti por quien se inclinaron
los mundos de zona á zona;
á ti soberbia matrona,
que, libre de extraño yugo,
no has tenido más verdugo
que el peso de tu corona!...

Do quiera la mente mia
sus alas rápidas lleva,
allí un sepulcro se eleva
cantando tu valentía;
desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola,
hasta el África que inmola
sus hijos en torpe guerra,
¡no hay un puñado de tierra
sin una tumba española!...

Tembló el orbe á tus legiones,
y de la espantada esfera
sujetaron la carrera
las garras de tus leones;
nadie humilló tus pendones,
ni te arrancó la victoria;
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo,
ni en el libro de la Historia.

Siempre en lucha desigual,
cantó tu invicta arrogancia
Sagunto, Cadiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial;
en tu seno virginal
no arraigan extraños fueros...
porque indómitos y fieros
saben hacer sus vasallos,
frenos para sus caballos
con los cetros extranjeros...

¡Y aún hubo en la tierra un hombre
que osó profanar tu manto?...
¡Espacio falta á mi canto
para maldecir su nombre!...
Sin que el recuerdo me asombre,
con ansia abriré la Historia;
prestad luz á mi memoria,
y el mundo y la patria á coro
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

Aquel genio de ambición
que en su delirio profundo,
cantando guerra, hizo al mundo
sepulcro de su nación,
hirió al ibero león
ansioso á España regir,
y no llegó á percibir,
ébrio de orgullo y poder,
que no puede esclavo ser,
pueblo que sabe morir.

¡Guerra exclamó ante el altar
el sacerdote con ira;
¡guerra! repitió la ira
con indómito cantar;
¡guerra! gritó al despertar
el pueblo que al mundo aterra;
y cuando en hispana tierra
¡asos extraños se oyeron,
hasta las tumbas se abrieron,